CERTAMEN MARCANDO EL RUMBO

Primera Edición – 2011

Por: Patricia Alegría

 Hasta gracioso puede llegar a ser cómo uno se levanta una mañana, sin tener la más mínima idea de que ese día no lo olvidará jamás, de que te cambiará para siempre, ya sea física o mentalmente o de cualquier otra manera. El destino no siempre está en nuestras manos y esta es mi historia, acerca de cómo yo ahora creo que lo que está por pasarle a uno, va a pasar, no importa cuánto lo evites o aunque ni lo imagines, como fue mi caso.

 Antes que todo, es sumamente importante recordar que el planeta no nos pertenece, sino que nosotros le pertenecemos al planeta, aunque literalmente nadie lo reconozca así. Yo no tengo derecho a sentir ningún tipo de rencor contra la naturaleza o en contra de nada ni nadie por lo que me pasó. Jamás me he arrepentido de haberme metido a la playa aquel día a finales del mes de julio de 2006. No cambiaría mi experiencia por absolutamente nada en el universo. Eso sí, admito que daría muchas cosas por haber visto a la criatura que me laceró el pie derecho mientras yo invadía su hábitat, junto a cientos de personas más.

 No tuve la oportunidad de ver nada en el momento en que ocurrió todo, fue exageradamente rápido. Estaba sangrando demasiado y había que llegar al hospital pronto. Por alguna razón, ver las cuatro heridas completamente abiertas en mi pie no me causó tanta impresión como debió haberlo hecho. Por primera vez en mi vida, a los once años, me cogieron puntos de sutura, 51 largos y dolorosos puntos. Nunca llegué a quedarme “dormida” en la sala mientras el médico trabajaba en mi pie.

 Todavía trataba de realmente aceptar lo que acababa de pasar, mientras temblaba del frío, acostada en aquella camilla, con el traje de baño húmedo aún. La policía entró a donde yo me encontraba con mis padres, para hacer su investigación. Igualmente los reporteros vinieron durante los próximos días, pero rehusé que me entrevistaran.

 Estuve caminando con muletas cerca de un mes, lo que se me hizo bastante difícil, además de que comencé en una escuela nueva ese mes de agosto donde no conocía a casi nadie, lo cual no fue de mucha ayuda.

 Pude haberme propuesto que jamás volvería a la playa y cerrarme en un círculo de negación vicioso, pero no lo hice. Admito que los primeros meses trataba de esconder mis cicatrices, pero al día de hoy las amo y estoy orgullosa de ellas. He aprendido a ver la belleza en algo que muy poca gente lo haría. Me fascina ir a la playa y pienso que tengo mucha suerte de que me pasó lo que me pasó. Además de que pudo haber sido mucho peor, se me abrieron los ojos. Uno nunca saber lo que te pueda pasar, en un segundo te puede cambiar la vida. Depende de uno si lo supera, aprende y sigue adelanto, o si lo niega y se avergüenza.

¿Para qué son las experiencias si no son para aprender de ellas? Por eso hay que ser agradecido de lo que se tiene y simplemente vivir con los menos arrepentimientos posibles. ¿Por qué a mí, de todas las personas que estaban cerca de mí en aquel momento? Aún no lo sé, pero estoy segura de que algún día podré contestar esa pregunta. No miento en lo absoluto cuando digo que, si pudiera ahora dar hacia atrás el tiempo y salirme del agua cinco segundos antes, no lo haría.

 Algo peor que ser ciego es tener vista y aún así, no ver. No se puede vivir con rencor ni deseando poder ir al pasado a cambiar algo. En fin, como dicen por ahí, “todo pasa por una razón”, y ese es el dicho más cierto que he escuchado en toda mi vida.